

# V A R I A

## ESCRITOS DE ALFONSO LÓPEZ PUMAREJO

En la Biblioteca Nacional el día jueves 21 de mayo de 1987 el Instituto Caro y Cuervo hizo entrega solemne del libro *Alfonso López Pumarejo, polemista político*, colección de escritos fundamentales del insigne Presidente de Colombia editados en la Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo. La compilación y el prólogo fueron realizados por D. Benjamín Ardila Duarte, destacado jurista y escritor, autor de varios libros, entre los cuales recordamos el que dedicó a *Andrés Bello jurisperito de América*, el estudio sobre *Bolívar constitucionalista* y su *Ensayo sobre temas constitucionales*, en el cual analiza la obra jurídico-política del presidente López Pumarejo.

El Director del Instituto Caro y Cuervo, Dr. Ignacio Chaves Cuevas, hizo uso de la palabra para dar a conocer el trayecto que se recorrió hasta culminar en la publicación de los documentos que reflejan un trecho importante de la historia institucional de Colombia en el presente siglo. El profesor Chaves agradeció a todas las personas que colaboraron en la edición y puso de relieve el empeño que demostró el Dr. Belisario Betancur Cuartas para que saliera avante este homenaje editorial a quien fuera eminente conductor del país.

Ha sido ya tradición en Colombia — dijo — que sus presidentes se caractericen por ser escritores competentes que manejan un pensamiento sólido expresado en un lenguaje claro, que determina las rutas del país y sirve de orientación a las nuevas generaciones. Desde esta perspectiva López Pumarejo ocupa ya un lugar esclarecido al lado de Santander, Murillo Toro, Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro.

El Dr. Alfonso López Michelsen — quien escribió la *Presentación* del libro que contiene las obras de su ilustre padre — en significativas palabras dio testimonio sobre varias facetas de la vida, la personalidad

y las realizaciones de Alfonso López Pumarejo, tratando en forma especial su pensamiento de gobernante y su actividad de escritor de estilo esmerado y de pulida forma.

Luego fueron entregados los primeros ejemplares del libro a los invitados, entre quienes se encontraban parlamentarios, académicos, escritores y representantes del alto gobierno.

Es de anotar que un facsímil de la Ley 5ª del 25 de agosto de 1942 — que creó el Instituto Caro y Cuervo y que fue firmada por el Presidente Alfonso López Pumarejo — se publica como ilustración del volumen que reúne los escritos.

A continuación se transcriben los discursos del Dr. Ignacio Chaves y del Dr. Alfonso López Michelsen.

Dijo el Director del Instituto Caro y Cuervo:

Cuando el gobierno presidido por el Dr. Belisario Betancur conformó un Comité Organizador de los actos y actividades que se desarrollarían para celebrar el centenario del nacimiento del Dr. Alfonso López Pumarejo y tuvo a bien invitar al Instituto Caro y Cuervo para que formara parte de dicho comité, sin vacilar aceptamos la invitación considerando que nuestra modesta experiencia en los campos investigativo y editorial podría contribuir a realzar las celebraciones del centenario del natalicio del singular expresidente y hombre público. Pero aceptamos especialmente para dejar, con nuestra participación, testimonio explícito de reconocimiento y de agradecimiento a quien fuera el creador auténtico del Instituto Caro y Cuervo al plasmar en la Ley 5ª del 25 de agosto de 1942, emitida con ocasión del centenario de don Miguel Antonio Caro y de don Rufino José Cuervo, la existencia real y jurídica de nuestra Institución.

El volumen que hoy entregamos, conformado por una excelente selección de textos del Dr. López Pumarejo, realizada por el Dr. Benjamín Ardila Duarte, está ordenado cronológicamente, de tal manera que permita seguir el discurrir del pensamiento y de la actividad pública del eximio expresidente, y facilite al lector corriente su examen y su análisis, a la vez que aguijonee su curiosidad en busca de un conocimiento más completo de la obra toda del destacado hombre público. Para el lector avisado y para el especialista la edición resulta de fácil consulta al tiempo que le brinda un conjunto de textos capitales en el devenir político de significativa parte de nuestra historia contemporánea.

Dicha arquitectura cronológica solo se ha roto una vez al colocar el discurso de la Universidad Nacional, al que hemos llamado "autobiográfico", en el primer lugar de la relación, por considerar que tal pieza literaria constituye una apretada síntesis de su acontecer existencial y de su ideario político.

Se ha escogido para el título la caracterización de una faceta aparentemente desconocida o voluntariamente ignorada por algunos, de su obra escrita: la de polemista político, con lo cual — repito — se quiere poner énfasis en una perspectiva perdida y rescatarla para el tiempo y para la historia.

Aunque entiendo bien que no es esta la ocasión propia para intentar un análisis del pensamiento del expresidente López Pumarejo, a sabiendas, además, que no

pocos de los más importantes hombres de letras y de cultura del país lo han intentado y lo han realizado en mayor medida, no puedo sustraerme a la tentación de señalar algunos aspectos relevantes de su obra, que se desprenden de la lectura de este volumen y sobre los cuales los exégetas y analistas no siempre han sido afortunados.

En el desarrollo de la historia de las ideas y de la ciencia del lenguaje se acepta hoy como verdad sabida el que las estructuras lingüísticas no son simples receptáculos del pensamiento sino que son el pensamiento mismo y que se da una indisoluble unidad pensamiento-lengua, lengua-pensamiento; desde otro ángulo quiere esto significar que sólo se expresa con claridad y precisión quien piensa con claridad y precisión. Es este el caso admirable de la prosa del Dr. López Pumarejo la cual podría caracterizarse por su claridad conceptual, por su eficacia expresiva, por su gusto por lo estético esencial, por su temor al lugar común y a la frase manida.

Son estas características las que nos permiten considerar a López Pumarejo como un auténtico hombre de su tiempo, en cuyo espíritu corren parejas la preocupación por la realidad nacional y la búsqueda del instrumento lingüístico que —precisamente— comunique esa preocupación y permita —en la praxis política—, transformar dicha realidad.

También dentro de estas caracterizaciones es notable además la particular utilización que hace de las formas verbales, entre las cuales se advierte una neta prioridad de los tiempos presente y futuro en detrimento del pasado, como si una extraña y subterránea fuerza interior lo hiciera alejarse del ayer histórico y familiar, para centrar su actividad y su pasión en el mañana, en el después, en el futuro. Esta que podríamos llamar obsesión por el futuro nutre su actividad y gobierna su destino. Excepcionalmente quiebra la norma temporal de sus escritos y cuando lo hace busca reafirmar el papel que ha jugado o reclamar de parte del oyente o del lector un mayor compromiso, una mayor participación en una empresa que comienza o que defiende. Inclusive en páginas también excepcionales como el famoso discurso de la Universidad Nacional, del año 1959, que es a nuestro entender su inventario —testamento político—, buena parte de las formas verbales de pasado tienen un marcado valor de futuro y la añoranza y la evocación no son por lo que se hizo sino por lo que se dejó de hacer "Si la obra quedó trunca, el edificio inconcluso y frustradas muchas esperanzas, la culpa fue de quienes no seguimos avanzando".

Una de las impresiones más profundamente perdurables que deja la lectura de las páginas que hoy entregamos es la clarividencia que asoma en esta preocupación por el porvenir. López Pumarejo escudriña el porvenir buscando adelantarse al discurrir histórico, quiere alertarnos sobre las urgencias del mañana. Tal intuición revela por lo demás ciertos elementos típicos de su avasalladora personalidad: su voluntad de servicio y el don de gobierno. Advierte en su discurso de posesión de 1934, que "Todo en el país tiene un cierto carácter de improvisación y de tránsito", pero su pensamiento y su obra tienen, quieren tener, vocación de futuro, que quiere decir voluntad de permanencia. De cierta manera presente y futuro se convierten en una unidad, pero es el futuro el tiempo de la acción y el hombre se torna en actividad pero actividad en el tiempo.

Otro aspecto rescatable del pensamiento de López Pumarejo, que se desprende igualmente de la lectura de estas páginas, es su sorprendente doble concepción de la praxis política y de la educación. La función capital de la actividad política y del gobierno, y son sus palabras, debe ser la de educar, pero educar no significa simple y llanamente enseñar a leer y a escribir, entregar conocimientos, formar pro-

fesionales. Educar significa enseñar a vivir dentro de unas normas de respeto y solidaridad, pero significa también aprender a vivir dentro de esas mismas normas enriqueciéndolas y prospectándolas al futuro, siempre al futuro. En verdad extraordinaria esta concepción en un país de letrados y políticos para quienes la idea y el concepto de educación suele estar limitado de manera tan categórica como parcial. Pero aún más sorprendente por ennoblecedora es su concepción de la actividad política como una manera de educar y de autoeducarse, de enseñar para aprender, que, necesariamente, nos hace recordar las altas épocas de la gloriosa Atenas de la civilización y de la cultura. Nunca como ahora el país requirió de la vigencia de esta noción floreciente y civilizadora; quizás no sea tarde para retomarla y hacerla circular por el aire de todos los espíritus.

La gran creación revolucionaria o modificadora inevitablemente entra a formar parte de la tradición, la cual al contrario de lo que se suele pensar no es historia congelada, sino historia activa y actuante. Y la síntesis del proceso de la evolución de una sociedad. Así, pues, la obra de López Pumarejo, quizás contra la voluntad de sus críticos, de sus contradictores y de sus exégetas, enriquece, de manera luminosa, dicha síntesis.

Ha sido ya tradición en Colombia que sus presidentes se caractericen por ser escritores competentes que manejan un pensamiento sólido expresado en un lenguaje claro, que determina las rutas del país y sirve de orientación a las nuevas generaciones. Desde esta perspectiva López Pumarejo ocupa ya un lugar esclarecido al lado de Santander, Murillo Toro, Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro.

Antes de concluir estas deshilvanadas reflexiones, quiero agradecer, de manera especial, la colaboración del señor Expresidente Alfonso López Michelsen al aceptar escribir un prólogo presentación al texto que hemos editado, no sin antes puntualizar que ella no es nueva ni circunstancial. Desde hace ya muchos años y en diversas oportunidades —valga la ocasión recordar la edición de los escritos de D. Tomás Rueda Vargas— el Dr. López Michelsen ha contribuido a enriquecer el acervo cultural y bibliográfico del Instituto Caro y Cuervo. No se trata entonces de un hecho fortuito y oportunista sino de un afortunado reencuentro y digo afortunado porque pienso que este prólogo, al igual que el escrito para la presentación de las mencionadas obras de D. Tomás, constituye un modelo antológico del género y una muestra más de sus talentos literarios. Quiero agradecer, igualmente, las generosas y afectuosas palabras con las que el Dr. López Michelsen se refiere en dicho prólogo al Instituto Caro y Cuervo y a su Director.

Para el Dr. Benjamín Ardila Duarte, como ya dije, autor de la selección, mi voz de agradecimiento y de felicitación por la espléndida labor llevada a cabo. Para el Dr. Fernando Cepeda también nuestro agradecimiento por su eficaz colaboración y ayuda.

Al realizar la entrega de este libro tenemos la certeza de contribuir a la debida difusión del pensamiento de un colombiano ilustre, de ungir su memoria con la tinta iluminante que perpetúa sus palabras y de consignar para la posteridad un documento básico para el correcto análisis de nuestro acontecer histórico.

Sr. Dr. Alfonso López Michelsen, en nombre del Comité Organizador y coordinador de las celebraciones del centenario del natalicio del Dr. Alfonso López Pumarejo, en nombre del Ministerio de Educación Nacional y en nombre del Instituto Caro y Cuervo le hago entrega formal de este volumen que no dudamos enriquecerá la notable bibliografía de su eminente padre.

Contestó el Dr. Alfonso López Michelsen con las siguientes palabras:

Con esta obra, que lleva por título *Alfonso López Pumarejo, polemista político*, se cierra el ciclo de publicaciones ordenadas por el señor Presidente Betancur para conmemorar el centenario de su nacimiento. Sea esta la oportunidad de reiterar, en forma pública, el reconocimiento personal mío y de toda la familia López Michelsen por el brillo con que un Presidente Conservador quiso enaltecer la obra de un gobernante del partido contrario, sin parar mientes en ningún obstáculo administrativo, fiscal o político. Ejemplos como este le prestan a la comunidad un servicio eminente, porque son la demostración de que, a pesar de las discrepancias ideológicas partidistas, se puede mantener una relación fluida, cuando, por el transcurso del tiempo, se dan por clausurados episodios de la vida nacional, y aquilatado lo encomiable que pudieran hacer por la República quienes ya pertenecen a la historia.

Esta obra — para la cual he escrito un prólogo — que, en parte, conoció la luz pública, tiene un mérito especial. El Instituto Caro y Cuervo se ha caracterizado por el esmero con que edita sus publicaciones y, para el caso presente, el celo, el afecto, diría yo, con que el doctor José Ignacio Chaves se empeñó en hacer una edición admirable, hace de esta antología del Pensamiento de López Pumarejo la más equilibrada y mejor presentada en su género. Contiene escritos de las más diversas etapas de la vida pública de Alfonso López Pumarejo, inclusive de sus escritos en la época de la oposición anterior a 1930, y bien pudiera calificarse de muestrario de distintos géneros literarios, que van desde las páginas nostálgicas de su discurso de despedida, en vísperas de su muerte, pronunciado en la Universidad Nacional, hasta su declaración ante los jueces acerca de las peripecias del golpe militar del 10 de julio de 1944, cuando cayó en manos de un grupo de militares alzados en armas. El lector zahorí no dejará de sorprenderse de que la mayor parte de estos escritos polémicos, llamémoslos, de oposición, no emanaron de su pluma mientras militaba en las filas de la oposición, para criticar actos de gobierno, sino que tuvieron su origen cuando ejercía la Primera Magistratura de la Nación y se enfrentaba a sus críticos. Parodiando sus palabras, en un célebre discurso de Barranquilla, podría decirse que “quienes disienten no suelen ser quienes ocupan las posiciones directivas sino quienes los combaten desde la llanura”. La explicación de esta aparente paradoja reside en un celebrado rasgo del carácter de Alfonso López Pumarejo: el no haber tragado nunca entero, como diría mi amigo Alfonso Palacio Rudas. Su función de contradictor de los lugares comunes, de las opiniones de recibo, de los prejuicios, en general, lo obligaban a ser polémico con una opinión pública anestesiada con perogrulladas. Su interlocutor de turno no era una persona, un individuo concreto, con quien tuviera un pleito de carácter subjetivo, como es de ocurrencia en toda polémica. Era una corriente de opinión timorata, que se nutría de preconceptos. Su principal innovación, en la esfera del pensamiento, fue cuestionar antes y después de ser Gobierno, una serie de aforismos que, como mulas muertas, se interponían en el camino de la acción: “los godos no dejan”, frase de cajón con que los escépticos desconceptuaban su aspiración de recuperar para el Partido Liberal la dirección del Estado, “aquí no pasa nada” o “los problemas se dividen entre los insolubles y los que se resuelven solos” o “se necesita fundar un partido apolítico, que sirva de algodón entre dos vidrios”, como si fuera concebible la apoliticidad para una colectividad política y no fuera otra forma de participar en la política partidista robarles a los demás el calificativo de patriotas, de honestos, de amigos de la paz y de la concordia;

para aspirar a los puestos públicos con mejores títulos que aquellos que confesaban francamente que formaban parte de un partido y que aspiraba a constituir una alternativa de gobierno, a sustituir una concepción política de Colombia por otra, a poner en vigencia un programa distinto y propio, con el apoyo del electorado.

Bien vale la pena transcribir aquí su pensamiento: "no será posible poner de acuerdo a la opinión sobre temas que no sólo la dividen, sino que es preciso que la dividan. Los esfuerzos del Gobierno no se han dirigido a buscar una conciliación imposible entre la ideología conservadora y la liberal, sino a ofrecer todos los medios para que la lucha se desenvuelva en un terreno de lealtad y de civilizada discusión. Todos los días observamos como hecho sorprendente el que se vaya desdoblado esa región tranquila de los espíritus, ese *no man's land* de nuestra política en donde confraternizaban derechistas liberalizantes y liberales moderados, y lo apreciamos como una demostración de barbarie y regresión. Nada hay más claro, sin embargo, que ese fenómeno de atracción de dos partidos que se tornan cada día más adversarios, provocado por la presencia de un agente nuevo: la revolución política. El liberalismo se ha hecho doctrinario a medida que va teniendo en sus manos los órganos del Poder y quiere utilizarlos en beneficio del pueblo, de la mayoría, con un sentido democrático. El conservatismo se vuelve reaccionario ante las transformaciones que comienza a hacer el Partido Liberal".

Pido de antemano a mi auditorio benevolencia por lo que pudiera considerarse como una incursión en la política, si me atrevo a pensar que, en nuestros días, vivimos en un clima semejante de confusión ideológica, en donde unos pocos precursores tratan de imponer el viejo concepto de la democracia representativa, en donde, si es necesario vivir en armonía, es con el derecho de mantener ciertas convicciones y buscando las mejores soluciones por medio del debate y la contradicción, como el menos malo de los sistemas de convivencia social.

En el prólogo de mi cosecha con que se presenta esta obra, relato algunos detalles íntimos acerca de cómo se gestaban los artículos y discursos que hoy parecen como escritos de primera mano, pero que, por lo general, no fueron sino el fruto de distintas plumas bajo una misma dirección y obedecieron a un lento trabajo de elaboración, diccionario en mano, palabra por palabra, hasta adquirir la precisión y limpidez que los caracterizan. Sin duda alguna, el lector contemporáneo, despojado de pasiones políticas, tendrá que admirar la claridad de los conceptos y la economía de palabras con que se expresan.

Solo quiero con estas palabras renovar mi agradecimiento a quienes contribuyeron al buen suceso de este libro antológico. Al señor ex-Presidente de la República, doctor Belisario Betancur, al señor ex-Ministro Jaime Castro y a la doctora Nohemí Sanín, ex-Ministra de Comunicaciones, quienes con tanto celo contribuyeron a la celebración de la efemérides. A uno y otro los ha sucedido en el cargo el doctor Fernando Cepeda Ulloa, ayer Ministro de Gobierno y hoy Ministro de Comunicaciones, quien puso especial empeño en superar las dilaciones originadas en la falta de algunos elementos indispensables para esta publicación. Igualmente, quiero dejar público testimonio de mi gratitud para con el doctor Benjamín Ardila Duarte, quien participó activamente en la selección de los textos, y a los trabajadores de la Imprenta Patriótica del Instituto, que no entregaron la edición sino cuando revestía las características de una verdadera obra de arte. Por último, quiero agradecer a los asistentes a esta reunión su presencia, que me honra y me estimula en la tarea de mantener vigente la memoria de Alfonso López Pumarejo.